

ORACION FUNEBRE

DEL EXCMO SR. DR.

DR. GABRIEL GARCIA MORENO

PRONUNCIADA POR EL RDMO. SR. DR.

DR. TOMAS VERGARA

Provicario General del Arzobispado,

EN LA IGLESIA CATEDRAL, EL 23 DE DICIEMBRE
DE 1921



QUITO--ECUADOR
Imprenta y Encuadernación del Clero
1922

ORACION FUNEBRE

del Excmo. Sr. Dr. Dn. Gabriel García Moreno
pronunciada por el Rdmo. Sr. Dr. Dn. Tomás Vergara.

In diebus suis corroboravit templum.

Curavit gentem suam, et liberavit a perditione.

En sus días fortificó el templo.

Cuidó de su pueblo, y le libró de la perdición.

(ECCLES. CAP. L. vs. 1º y 4º)

*Ilmo. y Rdmo. Sr. Arzobispo,
Venerable Cabildo Metropolitano,
Venerable Clero y Comunidades Religiosas,
Señores,
Señoras:*

¿QUIÉN nos ha congregado en este augusto templo, revestido de solemne luto, y en donde resuenan sólo lúgubres salmodias? ¿Qué secreto impulso nos ha conducido hoy a los altares para elevar al cielo una común plegaria, y ante esta tumba para de nuevo derramar nuestras sentidas lágrimas? ¿Qué voz misteriosa ha escuchado el católico pueblo ecuatoriano? ¿Qué poderosas cenizas son éstas que escondidas casi medio siglo, aún hablan? *Defunctus adhuc loquitur*; que llevan el sello de la inmortalidad y atraen las miradas y la veneración del mundo cristiano? ¿Qué dolor es este, que aqueja a la Patria, del cual no se cura en cincuenta años de padecerlo y hoy lo siente recrudecido?

Nos han congregado, Señores, un mismo pensamiento, un mismo afecto, un mismo dolor, un mismo deber: la admiración al Héroe, la bondad del Padre, su irreparable pérdida, nuestra gratitud: la Religión y la Patria agradecidas vienen cubiertas del luto al sepulcro del Defensor de la Iglesia de Jesucristo y Bienhechor de la nación ecuatoriana: he aquí nuestro pensamiento. El misterioso impulso lo imprime el recuerdo del que en sus días fortificó el templo, cuidó de su pueblo y lo libró de la perdición; la voz que nos llama es la de la reparación; la fuerza magnética que nos atrae a su tumba, es la grandeza creciente cada día, incontrastable, a pesar de todo inútil esfuerzo del odio, del ínclito Presidente, el Sr. Dr. Dn. Gabriel García Moreno, Magistrado abierta y decididamente católico, y amigo tan cariñoso y benefactor de su pueblo, como no vio otro el siglo diez y nueve. Nuestro dolor es el de la orfandad, por la que el pueblo desesperara, si la Iglesia no le contuviera con sus sabias enseñanzas, y no le consolara con su Fe.

También un sagrado y patriótico deber nos ha puesto de rodillas ante el Dios de las Naciones en oración común y en común duelo. Rendimos acción de gracias al Creador, porque hace cien años, en García Moreno nos deparó al Jefe de la Casa de Israel, en cuya alma grabó rasgos extraordinarios de Fe pura, de desconocida justicia, de valor legendario, de actividad asombrosa, de incomprensible fecundidad en obras colosales, muro de acero contra la impiedad y corrupción, amorosísimo padre para su pueblo, *Defensor y Mártir del Derecho Cristiano*.

Tributada a Dios acción de gracias, a El mismo nos dirigimos implorando misericordia en favor de nuestro héroe, quien, como hombre, no podía estar libre de las inevitables miserias de nuestra degenerada naturaleza.

No venimos a deificar al hombre, lo sabemos: la perfección humana, humana es y no le es hacedero salir de la órbita que le señala su condición. La encumbrada ciencia, el mejor talento, las conquistas y hazañas más heroicas, la deslumbrante gloria, el trono

más poderoso, la virtud más acrisolada, el mérito más indisputable, toda grandeza humana se apoya en pies de barro y lleva el polvo del suelo que sus plantas pisa. ¿No habrá por esto quien honre a la humanidad? ¿Nada digno habrá en su maldecida raza? ¡Oh! no! nuestra primera grandeza y gloria resplandece en el Verbo Divino que se dignó hacerse Hombre; y la segunda en quienes, como García Moreno, buscan en las naciones el reino de Dios y su justicia, y por consiguiente la ventura de los pueblos. ¿Defectos? Los habrá siempre; pero quien más lucha con sus pasiones, quien mayores beneficios prodiga a sus semejantes y quien mejor respeta la ley de Dios y la defiende, ese es grande; y García Moreno nos presenta, como pocos, el triunfo sobre sí mismo, beneficios a su pueblo que nadie los exhibe iguales, y la sumisión a la ley de Dios hasta sacrificarse por Él y por su Iglesia.

Designado yo, con inmerecida honra, para dirigiros la palabra en esta solemnidad funeraria, acerca de los méritos y virtudes del más esclarecido Presidente de nuestra amada República, un pensamiento, y con razón, me amedrenta y desalienta: serme imposible hablaros como la Patria le ensalza, como la Iglesia le bendice, como el pueblo le llora y como su grandeza merece.

¿Y de qué os hablaré? ¿en qué aspecto consideraré a nuestro Grande Hombre? Sabéis todos su intachable y piadosa vida, conocéis la clásica literatura en todo género de sus escritos. ¿Sus obras? ahí están a la vista: hasta hoy inimitables: estatuas y monumentos imperecederos levantados por su propia mano en toda la República; falta la de gratitud, señores, falta la nuestra.

Pasaré por alto las revelantes prendas morales e intelectuales, con que Dios le dotó al criarlo; nada diré del procoz aprovechamiento del niño Gabriel; prescindiré de su amor apasionado al estudio en toda su vida, y de los brillantes grados académicos conquistados por su ciencia altamente reconocida y encomiada por sus maestros. «El progreso y la gloria del Ecuador son el ídolo de su corazón», decía uno de ellos.

No os presentaré al esforzado y valiente militar, no narraré sus atrevidas hazañas; estas y otras cualidades y méritos son rayos luminosos desprendidos de un mismo centro. A mi corto entender, el carácter moral, propio de García Moreno, el distintivo de su grandeza, lo primero que sobresale al sólo mentar su nombre, y de lo cual me atreveré a hablaros, es el *Amor a su Pueblo y el Amor a su Santa Iglesia*. «El fortificó la Iglesia, cuidó de su pueblo y lo libertó de la perdición».

Con vuestra benevolencia expondré estos dos puntos.

I

¡Singulares contrastes de la vida y de la grandeza humana! Hace un siglo, el año de 1821, allá entre las olas de la inmensidad del océano, en la soledad de una isla, se levantaba un catafalco y se cavaba un sepulcro regio; aquí, ese mismo año, en nuestra República entonces casi ignorada, una egregia cuna se mecía, y en ella un hermoso niño era acariciado en la Perla del Pacífico, luz primera de sus ojos, por las suaves brisas con que le saludaba el apacible Guayas al darle su bienvenida al mundo: allá, en Santa Elena, con pompa militar y religiosa entre el estampido de cañones y plegarias de la Iglesia, siempre generosa y pronta en perdonar, se celebraban exequias por el descanso eterno del Gran Napoleón; aquí, al mismo tiempo, en nuestra Patria, el sueño del niño Gabriel, después García el Grande, era interrumpido por el estruendo de cañones y fusiles, que ya, en últimas y reñidas batallas, decidían el triunfo cruento, con que coronaban sus hazañas los próceres de nuestra Independencia. Napoleón cerraba eternamente sus ojos a la vida, se apagaba ese poderoso soplo; de su mano yerta cayó su espada gloriosa, el crucifijo recibió las últimas palpitaciones de su pecho, y se le oyó decir: «Creo en Dios y profeso la religión de mis padres. ¿Podéis dejar de creer en Dios, cuando todos proclaman su existencia y cuando han creído en El los mayores talentos? Muero, añadió,

en la Religión católica, apostólica, romana, en cuyo seno nací hace más de cincuenta años». Así se hundía en el ocaso de la vida el Genio de la guerra, cuando en nuestra patria se levantaba, permitidme la expresión, el Genio del cristianismo del siglo XIX. Ese niño enjugará en Pío IX las lágrimas del Vicario de Jesucristo, que Napoleón, ofuscado un momento por el brillo de la gloria, arrancara a Pío VII; él será el hijo predilecto de la Iglesia, el consuelo de su anciano y amoroso Padre, él, indignado, hará escuchar la voz apagada de la justicia y su grito, y reto contra las cadenas remachadas en las bondadosas manos del Representante de Cristo, cubrirán de baldón a la impiedad, y de gloria a García Moreno y a su Patria. La espada que este niño empuñará más tarde, nunca estará al servicio de la injusticia, de la impiedad, de la tiranía; sino de parte del honor, de la libertad, siempre al lado del pueblo y de su Fe.

García Moreno aparece en la vida el año en que Bolívar añadía a sus laureles, el glorioso triunfo en Carabobo, y esperaba en breve el de Bomboná; y cinco meses antes de que Sucre, en la cumbre del Pichincha, sellara la emancipación americana, y arrojara para siempre en la sima del cráter las últimas prisiones de una Patria libre. Sucre, el Abel entre los Próceres, víctima luego de la envidia y la traición, dejó teñido con su inocente sangre, señalado el camino de sacrificios y de gloria, que debía recorrer García Moreno, Abel del Caín de la impiedad.

La gloria inmarcesible de García Moreno y el secreto de las admirables obras, consistió en el intenso amor al pueblo, al que ansiaba hacerlo próspero y feliz. A este objeto, dirigió todas las poderosas facultades, su vida y su muerte.

Preguntad a ese hombre extraordinario, ¿qué pensamientos bullen en su cerebro? ¿por quién su corazón palpita? ¿qué le absorbe en la meditación, qué busca, qué le inquieta, qué anhela con todo el impulso de su ardiente alma? El pueblo, y siempre su querido pueblo.

¡Ah Ecuador! ¿Quién os ha amado como García el Grande?

Y porque amó al pueblo, aborreció la iniquidad, como David. *Iniquitatem odio habui*; y contra ella, como rugidos de león herido, levantaba su airada voz, y hacía resonar su hiriente palabra con verdad y con denuedo: «Aborrezco, decía, con toda la indignación de mi alma a los mayores enemigos de nuestra Independencia: la licencia, la demagogia y la anarquía», y los oprobó y encadenó.

Se dice generalmente; el estilo es el hombre y el erudito escritor, Juan León Mera, de García Moreno se expresa así: «como ningún escritor, trasladaba todo su sér moral a sus escritos, y nada escribía que no dejara honda huella de su pensamiento en la mente del lector».

La «Defensa de los Jesuítas», bastaría para eternizar el nombre y fama del valiente y docto polemista. Entonces, escribía: «La guerra no es contra los jesuítas, sino contra todo el sacerdocio, y la creencia católica. Como no les es posible demoler el altar antes de aniquilar a sus fieles defensores, se han propuesto para asegurar el éxito del combate, derrumbar ocultamente los cimientos del santuario, persiguiendo primero a los jesuítas, después a otros sacerdotes y al fin a todos y a la Iglesia. ¡Ay de mi Patria, exclamaba, el día que rompa la impiedad las aras del Dios vivo». Los Jesuítas debieron abandonar nuestro suelo, y García Moreno en su «Adiós» a ellos, fiel intérprete del corazón del pueblo, vació su alma en sentimientos de indignación, de dolor, de gratitud a la perseguida Compañía; mas, esperaba siempre en la divina Providencia mejores días para su desgraciada Patria.

Toda esa fecundidad de su erudita pluma brotaba espontáneamente de una ciencia vastísima y profunda acopiada en su privilegiada memoria, por una poderosa inteligencia, y una pasión sin límites al estudio. Jurisprudencia, Medicina, Historia, Ciencias Naturales, Literatura, todo lo profundizó su penetrador talento.

Llegados a Quito los siete sabios jesuítas, que por dicha consiguió García Moreno para su país, con asombro del mundo científico, que no comprendió cómo salieron de Europa esas lumbreras, debieron

cumplir con la atención de saludar al Presidente. Le habló el geólogo, le habló el astrónomo, el botánico, el matemático, y así sucesivamente, y el Presidente disertó con cada sabio sobre los últimos problemas y adelantos de su especial ciencia. «Es natural que nosotros, se dijeron al salir de la visita, sepamos explicar nuestra materia; a ella hemos consagrado nuestra vida de estudio; pero el Sr. Presidente, en vida tan agitada, sabe lo que todos nosotros sabemos».

¡Jóvenes estudiantes que con laudable entusiasmo, fija la mirada en un brillante porvenir, vais penetrando con vuestra labor en las mansiones de la ciencia; vosotros, que preparados con ella, mañana formaréis el alma de la sociedad en la prensa, la administración, el parlamento, la justicia, el gobierno, jóvenes queridísimos, en cuyas manos mañana estará la suerte de la Patria: la grandeza o su ruina, su gloria o su vergüenza; leed, os ruego, leed con imparcialidad, con criterio propio y sereno los escritos de García Moreno, preciosas joyas recogidas con religioso esmero por jóvenes de veras patriotas. Estudiad sin prevención su admirable vida, y veréis en ella al distinguido universitario, al ardiente polemista, al sabio catedrático, al incorruptible juez, al senador elocuente, al presidente integérrimo, a García Moreno, cabal modelo en todo, del amor a su pueblo, su ensueño, su dicha y su gloria.

¿Y en qué consiste la verdadera y práctica felicidad del pueblo? ¡Ah no le engañéis! no le gritéis libertad tan mal entendida y peor aplicada; no le mentéis derechos del hombre, sin los derechos de Dios; no le prometáis igualdad imposible, ni fraternidad falsa. Estimad, respetad su condición, custodiad su suelo, defended su honor, no le ofrezcáis prosperidad, inoculando en su corazón el descontento de su estado y la envidia al rico: eso es preparar fieras. Aplaudid su trabajo, apoyad sus esfuerzos, premiad sus méritos. ¿Queréis un pueblo feliz? Hacedlo honrado, laborioso, digno, infundidle amor al bien y odio al vicio; dadle sanas costumbres dándole buen ejemplo. ¿Pedísle obediencia? mandadle lo justo; amadle, alegraos con él, llorad con él. ¿Queréis, repito, un pueblo dichoso?

Abridle caminos, implantad industrias, buscadle artes y oficios, cultivad también los talentos del pueblo en colegios y universidades. Palpe el pueblo que las leyes se dictan en favor de él, y no contra él; que disponga para sus hijos, de escuelas de ciencia y virtud; que sus desvalidos ancianos tengan seguro el último pan y un lecho en que morir; sus enfermos hospitales, la viuda amparo, el huérfano madre; que descansa tranquilo, confiado en la vigilancia paternal de sus celosos Magistrados; que las perturbaciones públicas no echen mano primero de su inocente sangre; que el fruto del sudor de su frente lo goce tranquilo con su cariñosa familia, y no le arrebatase el ladrón, el estafador, el asesino; que viva amparado por la paz, el orden y la justicia; y, sobre todo, señores, que no se le arrebatase lo que más ama: su amparo, consuelo, gozo, su santa religión. ¡Oh! entonces ese pueblo es feliz, y mil veces bendito quien le depare esa felicidad. ¿Y en el Ecuador quién es ese Protector, Defensor, Padre del pueblo, sino el meritísimo Magistrado García Moreno?

No hay civilización, decía, si no progresan simultáneamente la sociedad y el individuo; no existe progreso social donde se desconocen las mejoras materiales, la miseria devora a la población y donde la *industria* revolucionaria es el seguro medio de enriquecerse; es imposible el progreso individual cuando en brazos de la ignorancia yace adormecida la inteligencia, y cuando las doctrinas desorganizadoras van relajando los vínculos de la moral y apagando rápidamente la brillante antorcha de la fe religiosa». Como lo dijo, lo puso en obra!

La Independencia cubierta de laureles en cien batallas, al fin, como toda guerra, flagelo de la humanidad, ocasionó grandes calamidades y hondos quebrantos; las Repúblicas, como jóvenes inexpertos y orgullosos, sólo pensaron en gozar de su emancipación gloriosa. Entonces comenzó el despilfarro de la casa paterna, aparecieron Caínes. Las repúblicas, presa del más audaz, fueron el interminable pleito de herencia; medró la fiera de la anarquía, y con ella la corrupción, fuente de todo mal y cundieron tantas cala-

midades y guerras fratricidas, que al Libertador le arrancaron de su pecho aquel hondo gemido: «Todo bien hemos perdido en cambio de la libertad». ¡Pero no!, el Libertador no desmaye, abrigue fe en el porvenir: la sombra de su guerrera persona oculta ya en la escena a otro Héroe; tras del Libertador está el Regenerador, después del Gran Bolívar viene el Gran García Moreno, quien conjurará las tempestades contra su patria, la libertará de sus enemigos. El, además, hizo que esa libertad tan cara a Bolívar, para él fuera la inagotable fuente de todo bien en su amado pueblo, y ostentó al mundo una República de verdad feliz por ser netamente cristiana. ¿A qué recorrer la República mostrándoos los prodigios del Regenerador? ¿En dónde no encontrar huellas de su paso?

Su patria encerrada por selvas y montañas, pudo moverse y comunicarse con el mundo por esa inmortal carretera, obra de romanos, en la que a cada paso de las quiebras de los Andes se levantan, desde los abismos, centenares de atrevidos puentes, que burlan el peligro de caudalosos ríos en favor del caminante. Quito se vio con Escuelas, Protectorados, Manicomios, Hospitales, Politécnicas, Panópticos, Orfanatarios, Observatorios: con toda industria protegida y toda miseria socorrida. ¿Si él no es bendecido en nuestra tierra, quién lo será?

Lo que ha sorprendido y sorprende aún es la manera como llevando a cabo tan múltiples y valiosas empresas con rentas tan escasas, amortizó la deuda nacional, pagó desfalcos de las revoluciones pasadas, disminuyó contribuciones, sin que ningún empleado fuera defraudado en un céntimo.

«Excmo. Sr., dijo un día a García Moreno el Ilmo. y Rdmto. Sr. Obispo Iturralde, de santa memoria, admirado de la multitud de construcciones en la Capital y fuera de ella: Excmo. Sr., ¿de dónde saca tantos caudales como requieren estas obras?» Oíd su contestación, admirad su confianza en la Providencia: «Yo, contestó, firmo los vales y Dios los paga». En verdad, podemos aplicar a nuestro Grande Hombre el elogio que se hace en el Eclesiástico de Simón Sumo Pontífice.

Curavit gentem suam et liberavit eam a perditione.
Cuidó de su pueblo y lo libertó de la corrupción.

Veamos su amor a la Iglesia.

II

«No hay progreso sin moral y no hay moral sin religión»: decía García Moreno. Para conducir, pues, a su pueblo a la felicidad, lo puso a la sombra protectora de la Religión; y para que ésta desarrollara todas las benéficas fuerzas de su vida, rompió las cadenas que la esclavizaban y le devolvió sus derechos. Ya se ha dicho, y nos enseña un filósofo pagano, que más fácil es edificar una ciudad en el aire, que una república sin religión. «Y todos los pueblos impíos e incrédulos han sido voluptuosos y todos los pueblos voluptuosos crueles». «Los deberes para con la Patria se subordinan a los deberes para con Dios»: La sentencia es de otro pagano, Cicerón. *Prima officia debentur diis immortalibus, secundae patriae.* «La Religión es una garantía para dirigir bien el patriotismo; es freno para el malvado y fuerza para el justo. Una sociedad sin Dios, sin religión es el peor castigo, es el orgullo de los perversos, su triunfo y la humiliación de los buenos. Por esto el deber eterno, necesario imprescriptible del hombre y de las sociedades, es el servicio de Dios; y en la vida humana es preciso que todo se refiera a la Religión». «Como no hay moralidad sin ideas, si éstas son erróneas, la conducta moral es la expresión de ellas; y la corrupción no es sino la incredulidad aplicada. De donde se sigue, que la misión directa de los Estados y de los gobernantes, es representar la idea del derecho de Dios y defenderlo en todas las esferas de la vida; para este fin y el bien común han recibido de Dios la autoridad y el gobierno; y por lógica consecuencia, es imposible un Estado social permanente, sino a condición de estar fundado sobre la Religión y la moral; y la desaparición y aniquilamiento de los imperios, no es sino consecuencia de la disolución moral y religiosa.

¡Cosa admirable! exclama Montesquieu, la Religión cristiana que no parece tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, labra también nuestra felicidad en ésta); «los pueblos apóstatas siempre reciben el condigno castigo: se hacen también incrédulos en política, en filosofía, en moral; y porque los hombres no creen en Dios, por castigo, los unos no creen en los otros». Pueblos felices sin religión no se han visto, ni se verán jamás; sería el desafío más atrevido a las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo que dice: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán». García Moreno buscó primero el reino de Dios y su justicia, y así engrandeció a su Patria.

Casi todo cuanto acabáis de oírme, son sentencias de escritores autorizados, aún de paganos y racionalistas; y de propósito las he citado, porque su autoridad pesa más que mi palabra.

Nuestro esclarecido Presidente, que estaba tan íntima y profundamente convencido y persuadido de estas verdades olvidadas y despreciadas, las puso en práctica en su gobierno, y esta empresa que le llevó al Calvario, es su más legítima gloria.

El indisputable mérito de García Moreno, causa también del odio implacable de sus enemigos, aparte de sus sorprendentes obras y de su acendrado patriotismo, sobresale y resplandece en la Fe, que, como un Constantino, infundió en todo el organismo de su patria: Jesucristo reinó en escuelas, colegios, universidades, talleres; presidió congresos, ministerios, tribunales, municipios, cuarteles; por todas las venas del Estado y del pueblo circuló la benéfica savia de la Religión, y la sacrosanta Cruz, cual la nube protectora y brillante del desierto, guió los pasos de gigante con que el Ecuador avanzaba, gozando de una paz que no había conocido, a la cumbre de su perfección y ventura. Tal es la inmarcesible gloria, sin ejemplo en nuestro tiempo, del Héroe y Mártir.

Encadenada la anarquía, establecida la tranquilidad en el orden, salvados de la bancarrota los tesoros públicos, y confiados a manos puras, a una escrupulo-

sa honradez, García Moreno emprende animoso y siempre con la confianza en la divina Providencia, la regeneración civil, moral y religiosa de su pueblo..... El Regenerador entusiasta, a fin de que su obra sea sólida y duradera, echa los cimientos profundos, y va a la base del edificio social; su primera mirada dirige a la indefensa niñez, y formándola en la ciencia y en la virtud, deja a las futuras generaciones la más rica herencia; ciudadanos instruídos, honrados y cristianos. Para dar cima a tan sapientísimo propósito llama en su auxilio a las Comunidades religiosas docentes; ábreles las puertas del Ecuador, hasta entonces para ellas cerradas; y los beneméritos hijos de San Juan Bautista de la Salle, maestros doctos y preparados, reparten el pan de desconocida instrucción y de piedad a miles de niños de la nobleza y del pueblo. Para las niñas, acude a las abnegadas religiosas de los Sagrados Corazones, de la Providencia, del Buen Pastor y Hermanas de la Caridad, las que, formando hasta hoy, madres y esposas cristianas, han salvado en la aristocracia y en el pueblo, la dignidad de la mujer ecuatoriana, amenazada por la ignorancia y el envilecimiento. Volvieron sus queridos Jesuítas y les confió la dirección de la juventud; y con los sabios de la Compañía de Jesús funda la famosa Politécnica. De esta manera García Moreno ponía a la niñez y a la juventud en los brazos salvadores de la Iglesia. En esas escuelas y colegios se ha formado y educado toda nuestra sociedad, siguen prodigando con larga mano incalculables bienes a la Religión y a la Patria. Cuentan en sus matrículas, con distinguidos personajes en todo orden social, los ciudadanos honrados y cristianos de hoy, recibieron ayer en esas escuelas y colegios, con la ciencia, la base de todo bien, la Religión. Muchísimo ha padecido el Ecuador, harto ha gemido nuestra Iglesia durante un cuarto de siglo, y aún no encuentra la curación de sus males; pero, aparte de ser un favor especialísimo del Sagrado Corazón de Jesús, el haber conjurado tempestades amenazantes de destrucción completa, como en otros países se han desatado, cuando la impiedad se ha apoderado de los pueblos; si no es-

tamos aniquilados y en peor situación, a García Moreno se lo debemos: él alistó a su pueblo para la hora del peligro; y, cuando invadió la impiedad a nuestra Patria, ésta opuso poderoso dique a la maldecida obra: el pueblo era cristiano.

García Moreno tendió también su mirada de católico y de patriota hacia las selvas de nuestro Oriente; enviando misioneros apostólicos llevó la luz de la Fe a los que están sentados a las sombras de la muerte, y así defendió nuestras fronteras. Las misiones, no sólo son heroísmos de la Iglesia católica, sino también sabias providencias de los gobernantes, para extender el campo de sus conquistas y conservar intacto el patrio suelo.

García Moreno abarcó todas las miserias de su patria, y para curarlas, atrajo del cielo copiosas bendiciones, porque buscó primero el reino de Dios y de su justicia. El Evangelio fue su luz y guía; y con él, cuando las repúblicas americanas en su cuna bebían las turbias aguas del error, salvó a la suya y la presentó feliz a la sombra de la santa Iglesia.

Y para revestir de toda su grandeza y poderío a la Religión, enalteció a la Iglesia, rompiendo las cadenas con que la encontró atada. «Pues tenemos la dicha de ser cristianos, decía a las Cámaras, seámoslo lógica y abiertamente, y borremos de nuestros códigos hasta el último rastro de hostilidad contra la Iglesia; pues todavía algunas disposiciones quedan en ellos del antiguo y opresor regalismo español, cuya tolerancia sería en adelante una vergonzosa contradicción y una miserable inconsecuencia». ¿Qué Magistrado habló de esta manera? El Concordato rompió esas cadenas; la Iglesia se vio libre, y su libertad fue la de la Patria.

La luz del mundo se había opacado entre nosotros, y la sal de la tierra iba perdiendo su sabor. Los ministros del altar, también arrebatados por la ola de la corrupción, con profundo dolor de la Iglesia, esclavizada y sin acción propia por el regalismo, olvidaron muchos su divina vocación con detrimento de la fe y la moral. García Moreno purificó el santuario, echó

a los mercaderes del templo, corrigió el escándalo y con religiosos perfectos, celosos, modelos y maestros de la vida religiosa devolvió al templo y a los claustros la santidad y pureza que les son debidas; y los religiosos fueron desde entonces hasta hoy, el baluarte de la Iglesia, su honra, consuelo y el fruto más delicado del paraíso de la Religión. *Corroboravit templum.* A la vez el Ilmo. y Rdm. Sr. Arzobispo. Dr. Dn. José Ignacio Checa y Barba, digno cooperador de García Moreno y compañero del martirio, echaba los cimientos de los Seminarios, apoyado y favorecido por el Presidente. Por esta sola obra, esos dos ilustres víctimas gozarán en el cielo de una especial corona. Y mil veces bendita la hora en que llegaron a nuestra patria los hijos de San Vicente de Paúl, a quienes el Clero debe todo: su ciencia, su virtud, su honor y su poder. Ellos volvieron a la Iglesia, la esplendidez de la luz casi extinguida, y el sabor de la sal de la tierra casi desvanecida. Modestos, muy versados en las ciencias eclesiásticas, muchos hasta sabios de subidos quilates, intachables modelos, han formado desde entonces el sacerdocio del Ecuador; y de esa escuela de santidad y de ciencia, la Iglesia ha recogido y recoge el fruto de sus desvelos: Obispos, prelados, teólogos de nota, literatos, poetas, oradores, parlamentarios, polemistas, escritores, todo cuanto significa talento, ilustración, letras, honra y gloria de la Iglesia, a los humildes Lazaristas, debemos, y que nuestro Clero ocupe distinguido puesto en el alcázar de las ciencias.

¡Gloria al Ilmo. Arzobispo Checa! ¡Gloria a García Moreno!

Pueblo católico, con escuelas cristianas, y sacerdotes según el corazón de Dios, he ahí el mérito grandioso de García Moreno, y los fundamentos de la regeneración de la Patria.

Pero la Revolución impía rugió de rabia infernal por todo el mundo, y sus tiros se dirigían al augusto y bondadoso Pontífice Pío IX. Los gobiernos, indiferentes unos, cobardes otros, todos enmudecieron; y Dios por inescrutables juicios, toleró que los sectarios

remacharan cadenas al Vicario de Jesucristo. García Moreno no callará, ¡imposible! lanza su grito de protesta, y en medio del silencio universal, se escucha su voz de indignación en nombre de la justicia contra la ignominiosa y aleve usurpación de los Estados Pontificios. El eco de su voz repercutió en todo el mundo, arrancó gritos de rabia y de mofa a los impíos, avergonzó a los cobardes, admiró a todos y consoló dulcemente al atribulado Padre. Así García Moreno cubrió de gloria a su pueblo. Siguen los Vicarios de N. S. J. heredando la cárcel y las cadenas que arrastraron Pío IX, León XIII, luz de su siglo, Pío X, el Pontífice del amor y del pueblo, hoy las lleva también la Santidad de Benedicto XV, pero los enemigos no han podido arrebatarnos la victoria: *Verbum Dei non est alligatum*, la palabra de Dios no podrán atarla. Y en la hora presente, después de tan horripilante guerra, sigue, el Pontífice en su cárcel; y desde allí en el mundo es el Arbitro de la paz y de la guerra.

¿Quién ha triunfado?.....

Regenerada la Patria, libre la Iglesia, establecido el orden, con otro acto heroico de fe pública, que han imitado Colombia y España, para afianzar poderosamente la felicidad de su pueblo, devolvió al Señor de las Naciones el Ecuador, salvado, feliz y católico, consagrando la República al Divino Corazón. Aquí tenéis otra piedra de escándalo en la que el masonismo afilará el hacha del asesino.

¿Queréis más? García Moreno va a hacer un acto de locura inaudito, la locura de la Santa Cruz. *Judaeis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam* (1 Cor. I. 23). Escándalo para los judíos y locura para los gentiles. Esta Cruz que la estáis mirando, García Moreno procesionalmente la llevó en sus hombros por la plaza en donde fue victimado. Señores, este sublime acto de su fe y de su valor encierra a todo García Moreno. Enemigo de la farsa por su naturaleza noble, caballerosa y decente, abominó la mentira y la hipocresía: lo que hablaba sentía, lo que practicaba amaba. ¿Cuáles serían, pues, los santos sentimientos de su corazón, cuando abrazado de la cruz camina-

ba bajo su peso? Mirad a García Moreno llevando la cruz en el siglo XIX..... ¡Parece imaginación, un príncipe cargado de la cruz, en el siglo de cobardía! ¡Siglo impío, cómo te reta esta víctima! Esta es la verdadera grandeza, la humillación de la Cruz. ¿Quién adivinará lo que pasaba en esa alma ansiosa del martirio que muchas veces lo presagió, y sintió en su pecho el plomo de la muerte? ¿Cuáles serían las ternuras, el amor con que vería Jesús a su mejor atleta y defensor de su nombre, de su Vicario y de su Iglesia? ¡Qué luces, qué consuelos, qué fortaleza le prodigaría al verle subir, como El, al Calvario, colmado de vergüenza, de oprobio, de burla, de odio y de ingraticudes! Pasa por el lugar ignorado de su próximo sacrificio, y dice a su Dios «Mostradme, Señor, lo que debo hacer hoy»; y la Cruz bendice a su paso las piedras, altar mañana de la inmolación!

Y sonó la hora del sacrificio, hora deseada, presagiada por el Mártir, hora feliz para él y de muerte para la Patria! «¿Qué desea con anhelo un navegante, decía, sino llegar al suspirado puerto?» «Vomitán contra mí, escribía a su amorosísimo Padre, toda clase de injurias atroces y de horribles calumnias procurando secretamente los medios de asesinarme..... ¿Qué dicha es para mí, Beatísimo Padre, el ser aborrecido y calumniado con motivo de Nuestro Divino Redentor; y qué inmensa felicidad sería para mí si Vuestra bendición me obtuviera del Cielo la gracia de derramar mi sangre por Aquel que, siendo Dios, quiso derramarla en la Cruz por nosotros». «A mí me matarán pero Dios no muere!» Cuando esta carta leía Pío IX, su Hijo predilecto ya había derramado su sangre por la Iglesia.....

Era el 6 de Agosto de 1875, día viernes consagrado al Corazón de Jesús, fiesta de la Transfiguración de N. S. Jesucristo en el Tabor; en ese día y en esa fiesta, García Moreno iba a subir al Tabor de la gloria eterna. Los ángeles adornaban en el cielo un magnífico trono, tejían con los adornos de la gloria una hermosísima guirnalda, y preparaban entusiastas un himno de triunfo a un esperado campeón del Cordero Inmaculado; en la tierra se cargaban armas y se aflaba el

machete homicida. «Padre mío: he aquí el fuego y la leña, decía Isaac a Abraham: ¿en donde está la víctima del holocausto?» «Señor mío Jesucristo, dadme amor y humildad y hacedme conocer lo que hoy debo hacer en vuestro servicio», había exclamado García Moreno en el secreto de su plegaria el día de su muerte: he allí la *víctima*. Ya le mostrará Dios lo que debe hacer en su último día sobre la tierra: ya le mostrará su voluntad: el martirio y la gloria.

Diríjese por la mañana al templo cercano de Santo Domingo en compañía de su amada esposa; juntos oran como de costumbre, asisten al sacrificio divino de la Misa; García Moreno se acerca al altar y recibe la Santa Comunión, fortaleza de los mártires y viático para el cielo. Aquí de nuevo enmudece la lengua. ¿Quién va a conocer y admirar bastante cuánto pasaría entre Jesús y esa alma en su última entrevista en la tierra? «Siervo bueno y fiel, le diría su Jesús, entra en el gozo de tu Señor».

Vuelve del templo, y continúa escribiendo la última palabra a su amado pueblo, el mensaje, que teñido en su sangre, fue la hermosísima túnica manchada del inocente José y presentada a su amoroso Padre. «Todo va cambiando, día por día, para bien y prosperidad de nuestra querida Patria, escribía al despedirse de ella; no para gloria nuestra, sino de Aquel a quien adoramos como a nuestro Redentor y nuestro Padre, nuestro Protector y nuestro Dios». Luego pide perdón de sus faltas. «Si he cometido faltas, os pido perdón mil y mil veces, y lo pido con lágrimas sincerísimas a todos mis compatriotas, seguro de que mi voluntad no ha tenido parte en ellas. Si al contrario creís que en algo he acertado, atribuidle primero a Dios y a la Inmaculada Dispensadora de los tesoros inagotables de su misericordia, y después a vosotros, al pueblo, al ejército y a todos los que, en los diferentes ramos de la administración, me han secundado con inteligencia y lealtad en el cumplimiento de mis difíciles deberes». Decidme, señores, ¿estas frases no están escritas a la luz de la eternidad y ante el altar del sacrificio?.....

Y éste se acerca, es el momento: los sicarios, desde la mañana atisbaban y seguían los pasos de su víctima; el pueblo, como siempre, tranquilo bajo la protección y cuidado de su Padre, hallábase dedicado al trabajo en los talleres.

Despídese García Moreno con inusitada ternura de su amada esposa, como que presentía que le daba el postrer adiós; sale de su hogar para siempre, y se encamina a su deber; sube las gradas del palacio, el vil asesino le saluda, deja que su víctima adelante algunos pasos, relampaguea entonces el machete y..... ¡Oh no! Retiremos, Señores, la vista de esa sangrienta escena. ¡García Moreno perdonó y se encontró en el cielo!.....

Victimado nuestro bendecido Presidente, después de sus días, ¿qué mejores ha pasado el Ecuador? Y si hay algo nuevo, que el tiempo lo exigía, él no lo hubiera realizado mejor? Para eclipsar la gloria de García Moreno, lógicamente deberían sus enemigos exhibir mejores obras o siquiera iguales, y mientras esta prueba no se vea, toda acusación cae de su peso y su palabra no merece crédito.

Por lo demás, los que no comulgan con nuestra doctrina, a lo menos nos darán la razón de nuestro entusiasmo; es muy lógico y justo que los católicos entonemos un himno de alabanza, a aquel que, poniendo en práctica, como ningún otro gobernante, los principios sociales católicos, engrandeció a su Patria y libertó a la Iglesia.

Ciertamente, se explica el resentimiento de algunos de sus adversarios: García Moreno se veía obligado, a salvar el bien común, sacrificando a veces el bien privado, y esto a él mismo le era dolorosísimo; pero odio, venganza y desconocimiento de su grandeza, son contra la caridad, la justicia y la gratitud. La impiedad odiará siempre a García Moreno, porque gobernó a su pueblo con principios diametralmente opuestos a los suyos; y nosotros por el mismo motivo le amamos y le bendecimos. Estamos persuadidos, que la impiedad es parto del error; ¿y será posible que éste, sangre envenenada de los pueblos, nos

dé de su savia el bien y la virtud, el progreso y la libertad de las naciones? Imposible, Señores, imposible. *Veritas liberabit vos*. La verdad os hará libres. He allí la voz salvadora de Jesucristo!

De nuestro lado, además, están con igual admiración, el mundo civilizado, la intelectualidad, la ciencia, la honradez, la virtud: todo lo que vale en la humanidad admira a García Moreno. El pueblo ecuatoriano, representado por su Congreso le decretó honores, como al primero de sus hijos; Europa y América celebraron exequias por su eterno descanso; escritores como Luis Veillot, sabios como Menéndez y Pelayo, han ensalzado al Hombre y contemplado su grandeza. El Pontificado encomia y aplaude su gobierno; Pío IX le llora como a su predilecto hijo, y en el pedestal del monumento levantado con su peculio, escribe su elogio: «Integérrimo guardián de la Religión, Fundador de las más elevadas ciencias, fiel servidor de la Sede de Pedro, amante de la justicia y vengador del crimen» León XIII dice de él, «Pereció como los mártires, al filo de la espada de los impíos defendiendo la Iglesia de Dios». Benedicto XV, felizmente reinante, al alabar y bendecir este Centenario, le llama «católico sincero y ferviente varón de sólida piedad, hijo devotísimo de la Iglesia, grande, ilustre ciudadano, padre amoroso de su pueblo, benemérito de su nación y de la civilización humana». Francia, en donde García Moreno perfeccionó las ciencias, estudió su política, administración, y cuya actividad católica admiró, aún recuerda y se honra de su ilustre huésped, y hoy se une a nosotros en la plegaria, y le celebra pomposas exequias.

«Ningún sabio ni hombre de Estado de América ha alcanzado, la gloria que García Moreno después de su muerte». En este cántico triunfal de todo el mundo, a nuestro mártir, ¡cuán apagados quedan los gritos de envidia!

Y con verdad: si ciegos desconocemos el legítimo timbre y orgullo de nuestra Patria; si llevados de la pasión, renunciamos a esta gloria, que envidian las naciones, debemos también renunciar a la esperanza

de presentarles en el porvenir algo digno de nuestro suelo; el desconocimiento de los altísimos méritos de García Moreno, sería para los ecuatorianos el peor testimonio de nuestra ingratitud, de nuestra apatía, y de no haberlo merecido. Por fortuna, jamás el pueblo olvidará a su padre, a quien en vano en el dolor invoca; ¿no habéis oído en sus angustias cómo exclama: «¡Si García Moreno viviera!.....»

Hace unos cinco años visitó un extranjero nuestra capital; era un venerable anciano, sacerdote católico, de nacionalidad norteamericana. Habló con algunos sacerdotes, y con gran entusiasmo nos dijo: «El Sr. Cónsul Americano en Guayaquil (protestante) me ha recomendado colocar una flor en el monumento a García Moreno, y su esposa, católica, me ha pedido una plegaria ante su tumba. ¿Dónde está su monumento, dónde su tumba?» ¡Ya podéis imaginar nuestra vergüenza y mutismo! Su tumba no tiene libertad, su monumento no existe! Pero no; el pueblo cumplirá su deber. Ecuatorianos: ¿a la irreparable pérdida, del más ilustre y benemérito Presidente, añadiremos nuestra deshonrosa ingratitud? ¿Nuestra indiferencia confirmará el sentimiento de justísima queja, que un ilustre poeta colombiano grabó en sus magistrales versos? Saldrá verídica su voz profética y no evitaremos su mancha?

«Y el pueblo agradecido,
Puso el cincel en manos del olvido».

No, Señores, este primer Centenario del nacimiento de nuestro Grande Hombre, ha quitado ya el cincel de manos del olvido: el nombre de García Moreno es aclamado en el Ecuador y fuera de él, sus proezas cantadas y los sacrificios ensalzados, hoy resaltan más sus admiradas obras y su amor a la Patria y a la Iglesia, vive con más gloria y cariño en el pueblo ecuatoriano; la orfandad y la miseria le han hecho reconocer y estimar al Padre amoroso que perdió. El monumento se levantará; es nuestra sagrada deuda; aunque, García Moreno lo tiene en cada página de su historia y un altar en el corazón de cada ecuatoriano.

Recogamos, Señores, sus sabias enseñanzas y ejemplos, y conservemos sin mancha la herencia de su gloria; mostremos al mundo civilizado que si sabemos estimar el don con que el Ecuador fue regalado por la divina Providencia; agradezcamos a Dios los beneficios que por él dispensó a la Patria. Lloremos a García Moreno a quien la muerte hizo terminar una gloriosa carrera de cincuenta y cuatro años, empleados desde su juventud en beneficio y esplendor de la Iglesia y de la Patria.

¡Oh ilustre García Moreno!, magistrado animoso, intrépido y amante de las letras y de las artes; Presidente verdaderamente católico, celoso de la pureza de la Religión, y Padre del pueblo: confiamos en el Dios de las misericordias que estaréis gozando del conquistado galardón eterno, porque *fortificasteis el templo, cuidasteis de vuestro pueblo y lo librasteis de la corrupción.*

Nuestro sagrado deber era acercarnos hoy a vuestra escondida tumba, llorar con la Patria y orar con la Iglesia. Y Vos, Señor y Rey, «para quien todas las cosas viven», dadle el descanso eterno, y brillen para García Moreno los perpetuos resplandores de la gloria. Así sea.

